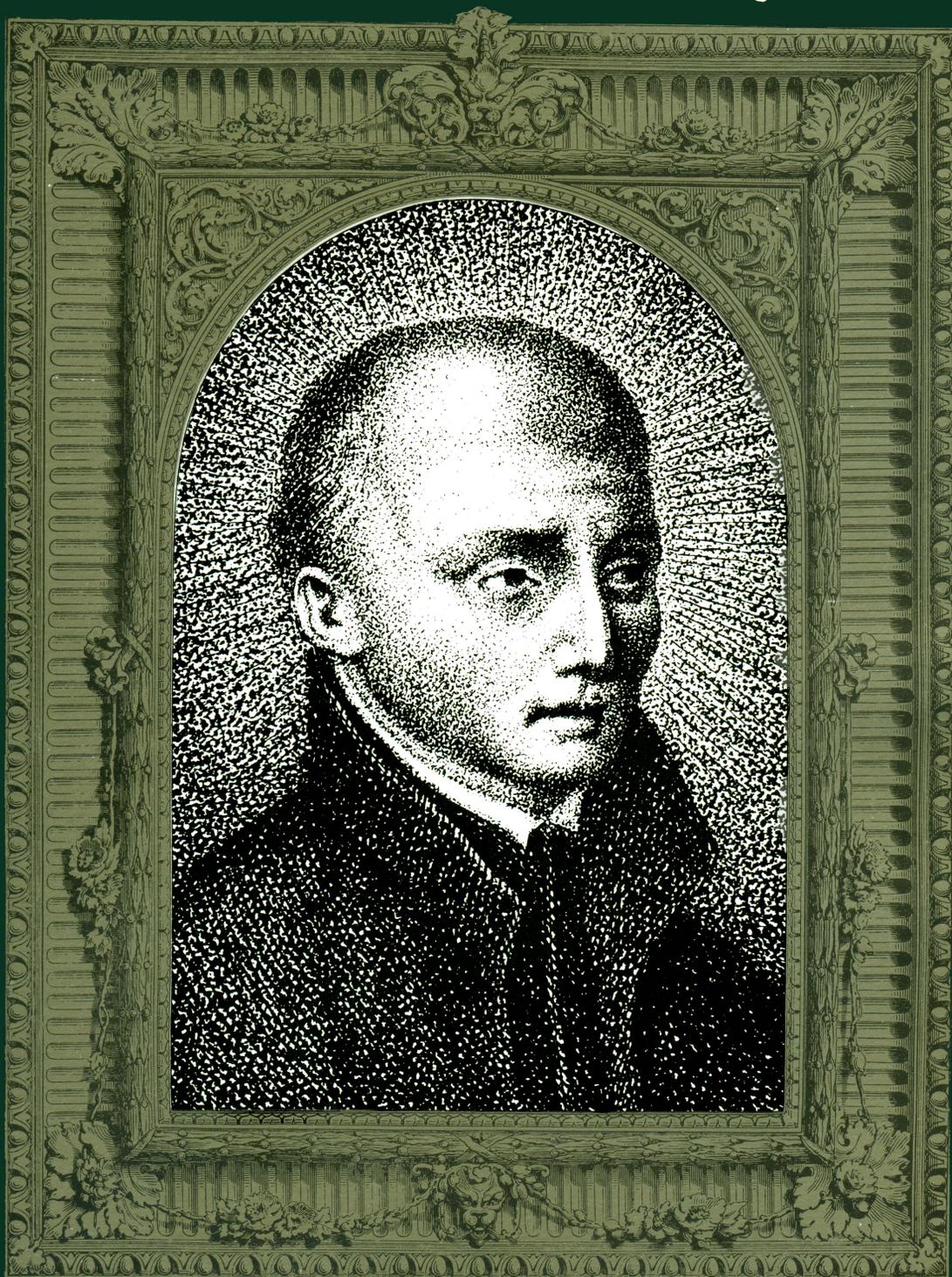


Ignacio de Loyola



Ignacio de Loyola

juan manuel garcía de alba s.j.

**Ediciones del ITESO
1995**

Cuarta edición

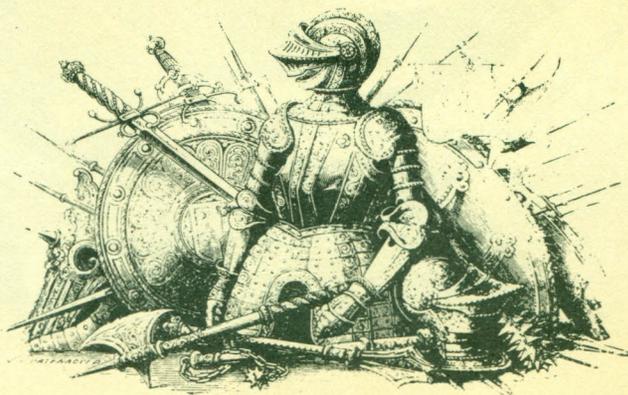
Se terminó de imprimir el primero de enero de 1995.

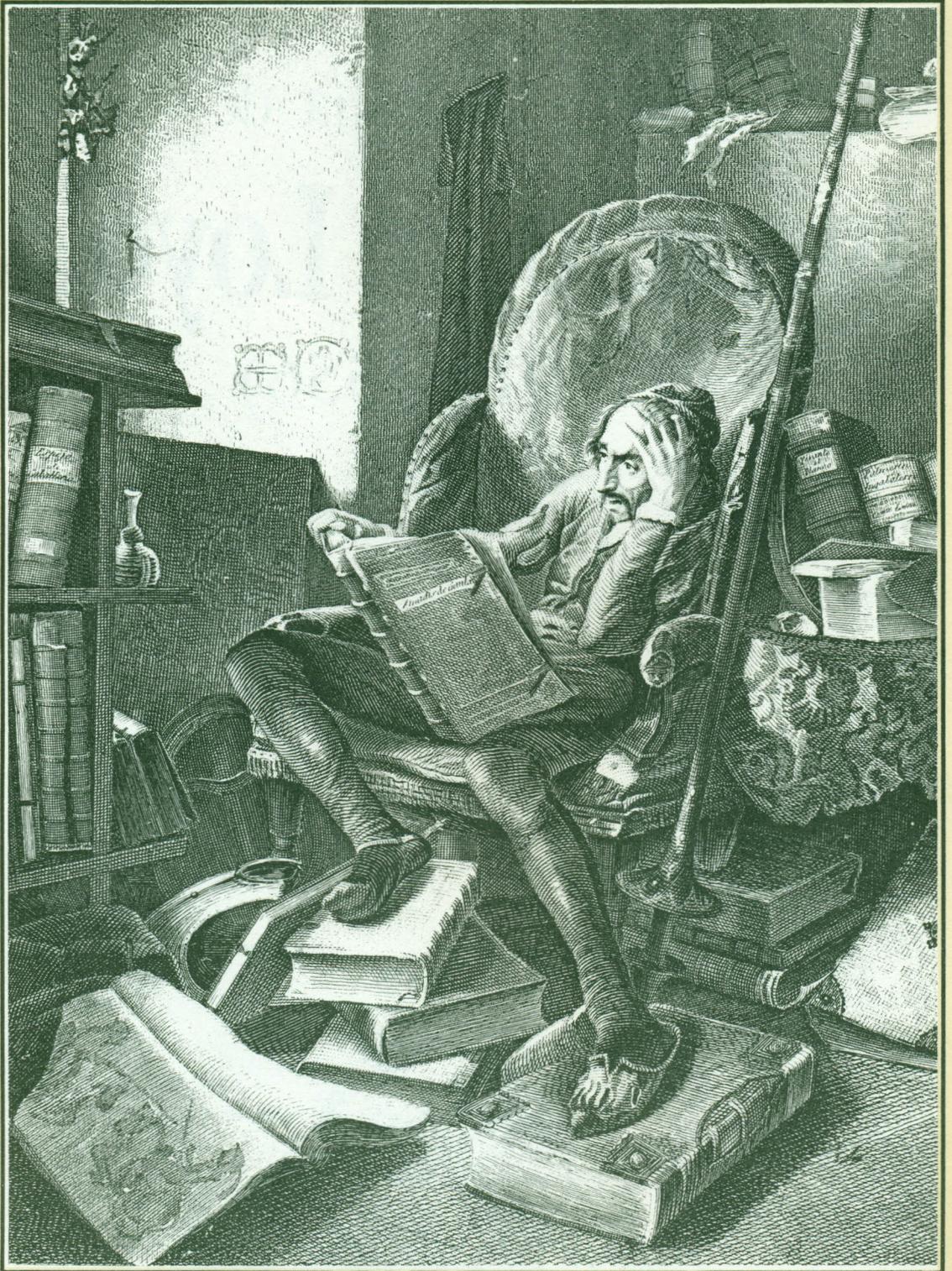
La primera, segunda y tercera edición
conmemoran el V Centenario del nacimiento de
San Ignacio de Loyola.

Breve biografía de

Ignacio de Loyola

(1491 - 1556)





*A quienes con su amistad, su trabajo y sus bienes
han contribuido a continuar la obra iniciada por Ignacio;
y a todas aquellas personas que nutren su amor y su entrega a
Jesucristo con los Ejercicios Espirituales.*



Por lo que pidió que le consiguieran algunos libros de caballería, que entonces estaban de moda. Pero en la casa de Loyola no había libros de ese género. Para matar el tiempo se vio obligado a leer una vida de Cristo de un tal Ludolfo de Sajonia, también leyó un libro de leyendas más que de vidas de santos.

PRESENTACION

El carácter quijotesco de Iñigo de Loyola, así como la Compañía de Jesús fundada por él, no han dejado de interesar a católicos y no católicos. Algo tuvo Ignacio y algo heredó a la Compañía de Jesús que sigue influyendo en el mundo moderno. El jesuita hoy, no menos que el Iñigo de hace quinientos años, sigue siendo aceptado y rechazado, odiado por unos y amado por otros, con aciertos y errores como en toda su historia.

Publicamos éste folleto con un doble objetivo: dar algo de lo más nuestro a amigos, colaboradores y bienhechores, y al mismo tiempo conmemorar el V Centenario del Natalicio de San Ignacio, y el 450 Aniversario de la Fundación de la Compañía de Jesús.

Sabemos que contamos con la benevolencia de nuestros amigos, colaboradores y bienhechores, es decir, de ustedes

que leen estas páginas en que queremos contarles brevemente la vida de Ignacio.

Un santo como éste refleja en aumento algo de nosotros mismos, o por lo menos algo que a nosotros nos hubiera gustado tener, hacer o experimentar. Por lo menos algunos de los sentimientos de Ignacio resuenan en nuestro corazón cuando también nosotros decimos: "*Tomad, Señor, y recibid...*" etc.

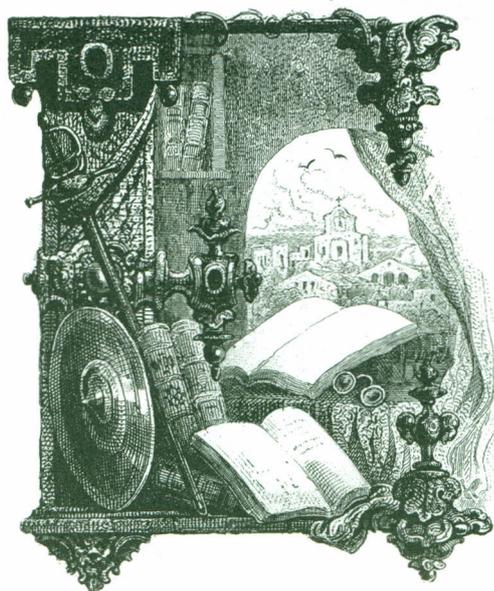
También nosotros tenemos que aprender a distinguir (discernir) entre el bien y el mal, entre lo bueno y lo no tan bueno, para elegir, con la gracia del Señor, lo que más convenga.

También nosotros sentimos el imperativo de buscar la mayor gloria de Dios, es decir, lo más adecuado al hombre concreto, el bien íntegro de la persona, según aquello del Obispo de Lyon, San Ireneo, que dice: "*La gloria de Dios consiste en el bien completo del hombre viviente*".

juan manuel garcía de alba s.j.
31 de julio de 1990

IGNACIO DE LOYOLA

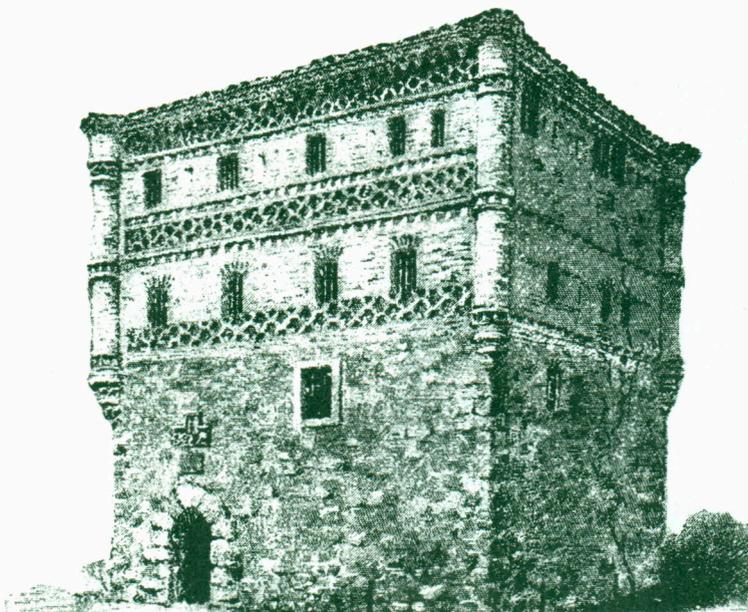
Origen y circunstancias históricas (1491)



n 1491, en la casa señorial de Loyola, cercana a la pequeña ciudad de Aspeitia, en la provincia de Guipúzcoa, nació Iñigo López de Oñaz. Comenzó a llamarse Ignacio cuando tenía más de treinta años, durante su estancia en París; era el hijo menor de Beltrán de

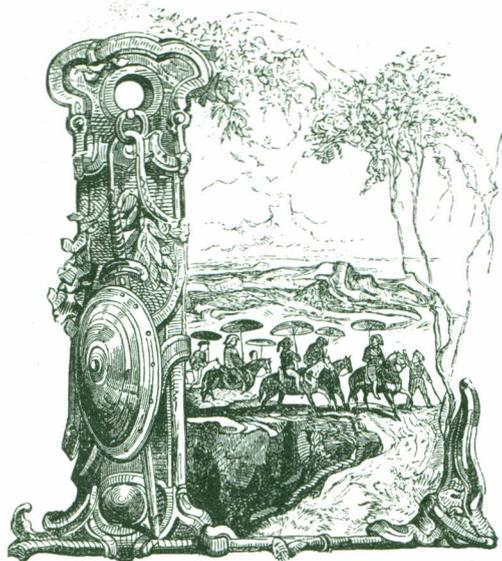
Loyola y de su esposa, Marina Sáenz de Licona. Lo bautizaron con el nombre del santo abad benedictino de Oña, Eneco, que en vasco se dice Iñigo. Junto con sus cinco hermanas y siete hermanos, Iñigo creció en el seno de una familia católica, orgullosa de su pasado, que se había distinguido por su espíritu combativo y su fidelidad al rey.

Cuando Iñigo nació, reinaban en España los reyes católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. El cardenal Cisneros se esforzaba por dar al reino de España una estructura interna capaz de hacer de él la gran potencia europea. En 1492 había caído el último baluarte de los moros, la ciudad de Granada. Ese mismo año Colón había descubierto América. Era una época de cambios, descubrimientos e invenciones. La Edad Media estaba tocando su fin y comenzaba la Edad Moderna.



La casa patriarcal de la familia de Loyola era una construcción cúbica de 16 metros de lado. La parte baja la formaban muros de piedra de dos metros de espesor, la parte alta, de ladrillo rojo, tenía un sello inconfundiblemente moruno. La llamaban la Casa-Torre, porque en otro tiempo había sido una fortaleza

Años de juventud (1506-1521)



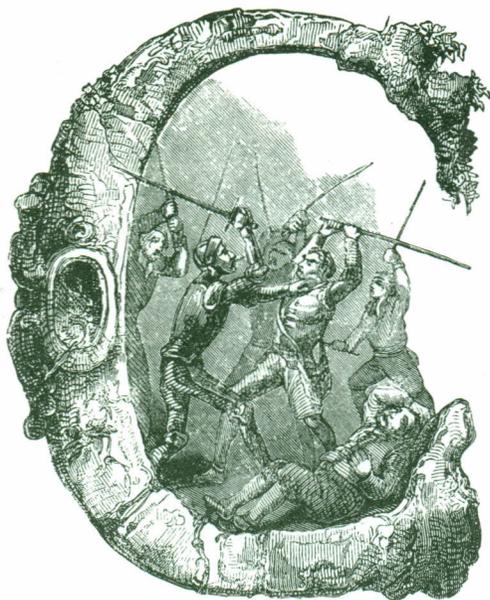
a familia de Iñigo había decidido que éste asumiera el estado clerical. En un proceso que le hicieron el año de 1515, junto con su hermano Pedro, capellán de Aspeitia, intentó escapar del tribunal civil apelando a su tonsura, con objeto de ser juzgado como clérigo por el tribunal eclesiástico que se suponía más benigno. Iñigo no renunció a llevar una vida mundana.

Fue paje del tesorero mayor del reino, Juan Velázquez de Cuéllar, y por este motivo vivió en Arévalo donde recibió una educación acorde a sus pretensiones. Iñigo era un cortesano pretencioso, galante y elegante. Con bastante frecuencia se veía metido en duelos de honor, enredos de faldas y riñas de compañeros. Sentía un gran interés por su carrera militar y cuando ésta se lo permitía se dedicaba a los juegos de azar y a las mujeres. Fue pretendiente de la infanta Catalina, la hermana menor del emperador Carlos V, al menos en sus ilusiones.

Tras la muerte de Velázquez de Cuéllar en 1517, el joven Iñigo encontró un nuevo señor en la persona de Antonio Manríque de Lara, duque de Lara y virrey de Navarra. Por esa época defendió la ciudad de Pamplona en 1521 acompañado de un grupo de

hombres contra un ejército de 12.000 franceses al mando de André de Foix. Iñigo se opuso a la idea de los dirigentes de renunciar a la lucha y entregar la ciudad a los franceses. Con esto se convirtió en el alma de la resistencia. El 20 de mayo de 1521 lo hirieron con una bala de cañón que le destrozó la pierna derecha por debajo de la rodilla y la otra se la dejó herida. Al caer Iñigo, los defensores de la ciudadela de Pamplona se rindieron. Los franceses atendieron a Ignacio con los primeros cuidados médicos. Dos semanas después lo trasladaban a su casa de Loyola tras una penosa caminata de 14 días a través de las montañas.

Decisiones en Loyola (1521-1522)



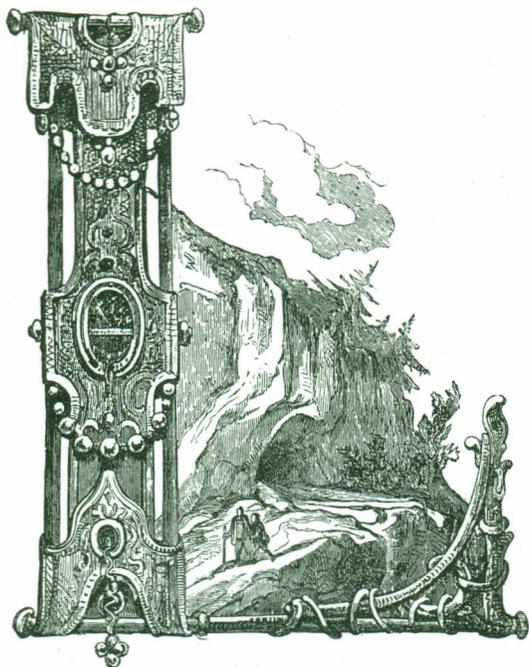
onvalesciente en Loyola, Iñigo constató que los huesos de la pierna derecha no soldaban correctamente, la pierna estaba quedando más corta y deforme a causa de una protuberancia y decidió que se procediera a una nueva operación a pesar de los terribles dolores que podría causarle. Estuvo a punto de muerte. Poco a poco fue mejorando y los días se le hacían interminables, por lo que pidió que le consiguieran algunos libros de caballería, que entonces

estaban de moda. Pero en la casa de Loyola no había libros de ese género. Para matar el tiempo se vio obligado a leer una vida de Cristo de un tal Ludolfo de Sajonia, también leyó un libro de leyendas más que de vidas de santos. El contacto de estos libros fue causa de grandes descubrimientos en Ignacio: cuando se entretenía en pensar en su pasado encontraba alegría, pero una vez que desaparecían estos pensamientos se sentía descontento y desilusionado. Sus fantasías sobre hazañas militares y sus imaginadas aventuras lo dejaban seco y vacío por dentro. En cambio, cuando se imaginaba imitando las hazañas de los santos se sentía satisfecho y optimista. Surgía un elemento importante de la espiritualidad ignaciana: la "*discreción de espíritus*". Descubrir y cumplir la voluntad de Dios se empezaba a convertir en él en su deseo más profundo. Le entusiasmaban principalmente la vida de San Francisco y Santo Domingo.

Pensaba también que su servicio a Dios consistía en hacer penitencia; y en un primer momento pensó en ingresar a la cartuja de Sevilla o también en andar por el mundo como peregrino anónimo, pobre y despreciado. La figura de Jesucristo nuestro Señor fue el centro, la columna vertebral y el alma, de su espiritualidad. Para seguir más de cerca a Jesucristo, e incluso por la posibilidad de dar la vida por El a manos de los moros, decidió peregrinar a Jerusalén.

Para febrero de 1522 Iñigo se había recuperado lo suficiente como para poder empezar a poner por obra sus propósitos. No sabía exactamente cómo, pero deseaba comenzar una nueva vida.

Montserrat y Manresa (1522)



os dos hermanos Pedro e Iñigo salieron juntos de la Casa-torre, pero Iñigo sólo dejó que lo acompañara un tramo del camino. Iñigo se dirigía al Santuario de nuestra Señora de Aranzazú con objeto de dedicarse a la oración. Fue a Navarrete, para cobrar al duque de Nájera una parte de sus honorarios que le salía debiendo, con esto pagó sus deudas, y con el sobrante ordenó que se restaurara una imagen de la Virgen.

De camino a Monserrat discutió con un moro "*caballero en un mulo*" acerca de nuestra Señora, el moro no creía en la virginidad de María. Iñigo hizo un esfuerzo por explicárselo como pudo pero el moro siguió obstinado en no creer. Continuó su viaje e Iñigo lo perdió de vista. Pero se quedó inquieto: había permitido que un moro dijera ofensas contra nuestra Señora. Estaba obligado a volver por la honra de la Virgen. Tenía ganas de buscar al moro para darle de puñaladas. Decidió soltar las riendas a su mula y dejarla ir sola. Si su mula se metía al pueblo

a donde iba el moro, lo buscaría para matarlo. La mula siguió por el camino de Monserrat y dejó el que tomó el moro, aunque *"era más ancho y bueno"*, y la población estaba a la vista.

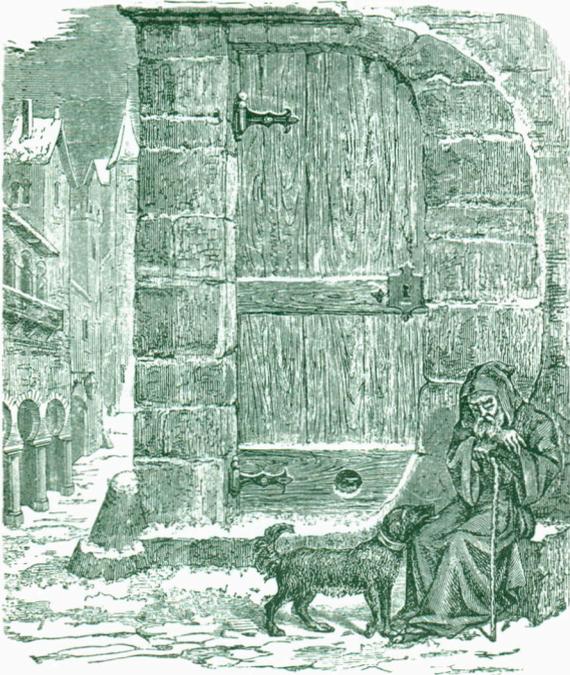
Al pie del monasterio de Monserrat cambió su traje por las ropas de un mendigo. Donó al convento su mula, y el puñal y la espada los depositó a los pies de la imagen de nuestra Señora de Monserrat. Se preparó durante tres días y luego hizo una confesión general. La víspera de la Anunciación de la Virgen (el 25 de marzo), pasó toda la noche ante la imagen velando sus armas, según tradición de caballeros andantes; como cuenta Cervantes que lo hizo el Quijote.

Al día siguiente Iñigo abandonó el monasterio y se dirigió a Manresa que distaba más o menos cinco horas de camino. Iba a vivir al hospital de santa Lucía destinado a los pobres y posteriormente habitaría una celda del convento de los dominicos. Los primeros meses los pasó como un mendigo desamparado y objeto de burlas. Para muchos era como un loco ambulante. Ignacio pasó por momentos de profundo abatimiento y desesperación. Sentía un gran hastío de su vida pasada y tuvo tentación de suicidarse. Pero también tenía momentos de gran satisfacción espiritual.

Valoró profundamente la vida y mensaje de Jesús. Se enamoró de su persona, y decidió entregarle totalmente su vida de la mejor manera que fuera descubriendo. Tuvo experiencias espirituales sobre la creación y la relación del mundo con Dios, y particularmente sobre el misterio de la Trinidad, es decir, sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El centro del misterio trinitario no era tanto la esencia divina, sino más bien la forma como Dios nos salva y se comunica con nosotros. Jesucristo era su Señor, a quien deseaba servir; era su Creador hecho hombre, a quien le debía cuanto era y tenía; era su Redentor, que había dado su vida por la de él, en la cruz.

Su estilo de vida se transformó a raíz de una experiencia que tuvo en una cueva a orillas del río Cardoner, que corre muy cerca de Manresa. Desde ese momento quedó no solamente claro a nivel racional, sino como experimentado, que Jesucristo es el creador y Señor que lleva a término el ya inaugurado reino de Dios. Se sintió llamado a colaborar con Cristo en la misión que el Padre le confió, y comprendió como todo va por Cristo al Padre. En sus notas formuló las intuiciones más importantes y los temas de sus largas oraciones tenidas junto al Cardoner, en Manresa. Los Ejercicios son el mejor documento de lo que pasaba por Ignacio en esos tiempos.

Peregrinación a Jerusalén (1523)



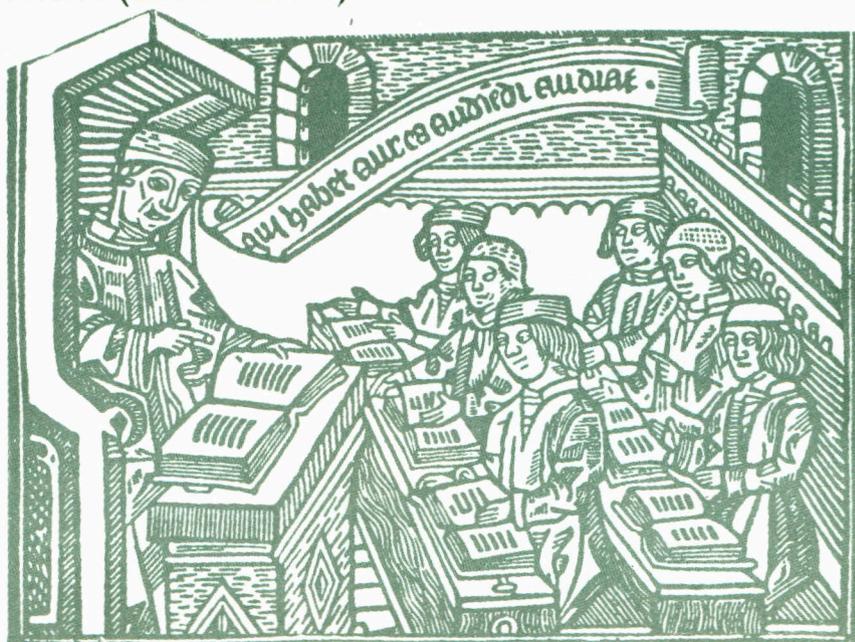
Después de estar casi un año en Manresa, Iñigo inició su soñada peregrinación a Tierra

Santa. El 18 de febrero se dirigió a Barcelona. Unas cuantas semanas más tarde zarpó el barco para Gaeta, en Italia. Continuó a pie hacia el norte, y el 29 de marzo entró a Roma por la Via Appia. El Papa Adriano VI le concedió permiso para

peregrinar a Tierra Santa. Por abril emprendió el camino hacia Venecia para salir de ahí a Palestina. Pudo conseguir un pasaje gratuito en un navío mercante, que saldría hasta el 14 de julio. El 24 de agosto llegó al puerto de Jaffa y pudo desembarcar hasta el 1 de septiembre. Acompañado por una escolta de soldados turcos y dos frailes franciscanos entraba a Jerusalén. Se sentía profundamente emocionado y con una gran devoción. Era feliz por poder ver y tocar los lugares en donde había vivido su Señor y Salvador, pero 20 días después tuvo que abandonar Tierra Santa porque la autoridad eclesiástica, el guardián de los franciscanos del convento de Monte Sión, no le renovó el permiso para quedarse más tiempo.

El 3 de octubre emprendía el regreso. Iñigo sentía gran deseo de ayudar espiritualmente a cuanta persona entraba en contacto con él. Su sentido apostólico palpitaba en todo momento a partir de su conversión. Las notas que escribía pensaba que podrían servir para ayudar a otros. Pero era necesario prepararse y estudiar. Por esta razón decidió ir a Barcelona.

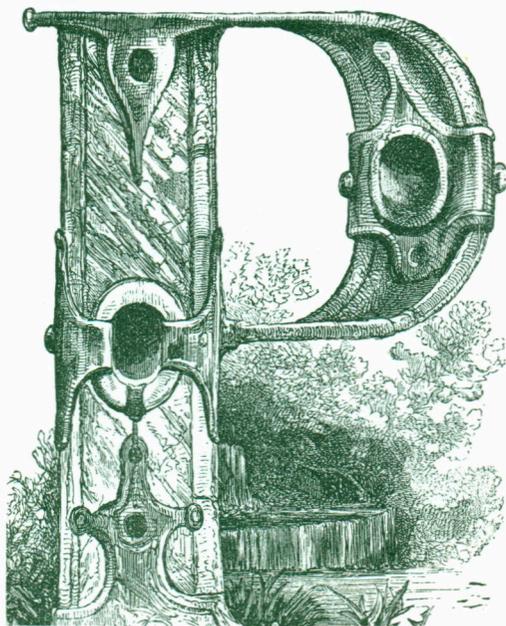
Barcelona (1523 - 1524)



Después de un penoso viaje pudo llegar por fin a Barcelona; ahí Jerónimo Ardevol le dio clases particulares para iniciarle en la lengua latina. En octubre de 1525 pudo asistir junto con sus jovencísimos condiscípulos, a las clases públicas impartidas por el mismo Ardevol. Isabel Roser e Inés Pascual se ocuparon de su manutención y alojamiento.

En Barcelona tuvo sus primeros compañeros, que se entusiasmaron con su espiritualidad, su estilo de vida y su forma de ser: Calixto de Sá, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres. Pero dos o tres años después lo dejaron solo, cuando se trasladó a París. En 1526 Iñigo había avanzado suficientemente en el conocimiento del latín; ya le permitía asistir a las clases de filosofía de la Universidad de Alcalá.

Alcalá y Salamanca (1526-1527)



Por poco precio o gratis conseguía Iñigo vivir en los hospitales, los compañeros de Barcelona se hospedaban con familias de la ciudad. Aquí se le unió Jean de Reynalde. Todos vestían un hábito gris de tela burda. Se ocupaban de los pobres

de la ciudad. Enseñaban el catecismo y daban los ejercicios espirituales. El objetivo que pretendían era ayudar a los demás a buscar la voluntad de Dios y a vivir una vida más cristiana.

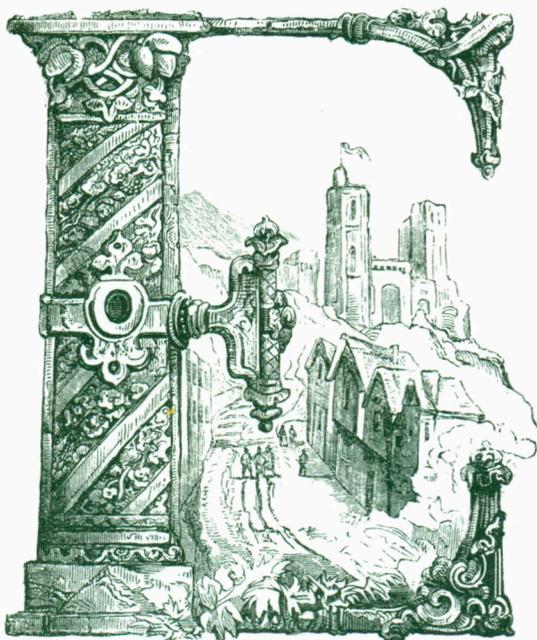
La inquisición sospechó de ellos; los catalogaban de "alumbrados", que era una especie de secta formada por un grupo de gentes que se creían privilegiadas. Tras la sentencia emitida el 21 de noviembre de 1526 tuvieron que abandonar sus hábitos grises y sustituirlos por otros de distintos colores, a fin de ser reconocidos más fácilmente y para que no pensara la gente que constituían una comunidad religiosa. A pesar de todo no cesaron las sospechas y amonestaciones eclesiásticas. El 19 de abril de 1527, que por cierto era Viernes Santo, metieron a Ignacio a prisión, donde permaneció 42 días. En un tercer proceso al que se vio sometido en Alcalá volvieron los cargos contra él y sus compañeros a causa de sus vestimentas. Pero lo más duro de la sentencia consistió en que les prohibían hablar durante los cuatro años siguientes sobre temas que se refirieran a la fe; aunque no se les había podido probar que había algo herético en sus actividades pastorales y en su enseñanza. Según el veredicto debían finalizar sus estudios antes de emprender sus ayudas espirituales. Iñigo y sus compañeros prefirieron trasladarse a la diócesis de Salamanca, según el consejo que les dio el arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca y Acevedo, con quien había hablado Iñigo después del proceso de Valladolid.

Iñigo llegó a Salamanca en julio de 1527 y a los 12 días era de nuevo encarcelado ahora por orden de los dominicos de san Esteban. Se le acusaba de herejía. Se examinaron detenidamente sus apuntes sobre ejercicios espirituales. Se le prohibió hablar sobre la diferencia entre pecado mortal y pecado venial. Y lo encerraron durante 22 días. Iñigo se preguntaba que debía hacer y se encomendó a Dios. No era conveniente quedarse en Salamanca porque le estaba prohibido el trabajo apostólico. Su decisión de seguir a Jesucristo se traducía, en la práctica, en ayudar a los demás. Para eso continuaría sus estudios,

conservaría los compañeros actuales y buscaría más que quisieran seguir por el camino empezado.

Por el mes de septiembre consiguió un burrillo, lo cargó con sus papeles y sus pocas cosas y emprendió a pie el camino a Barcelona. Esperaba que sus amigos lo ayudaran económicamente para continuar sus estudios en París.

París (1528-1535)

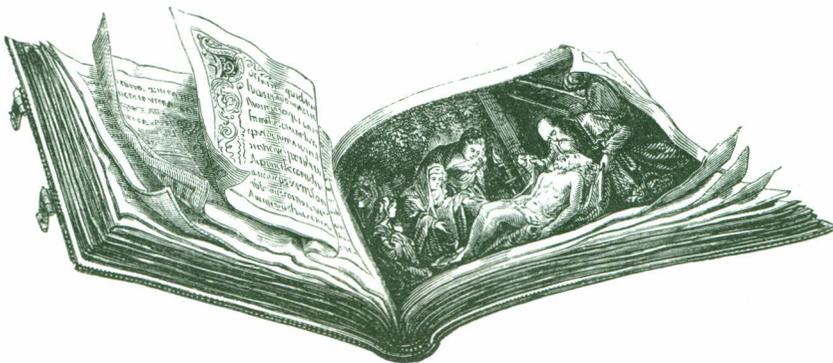


En el colegio de Montaigu, que se caracterizaba por su severidad académica y estilo de vida, en París, comenzó Iñigo sus estudios. Fue alumno externo de 1528 a 1529.

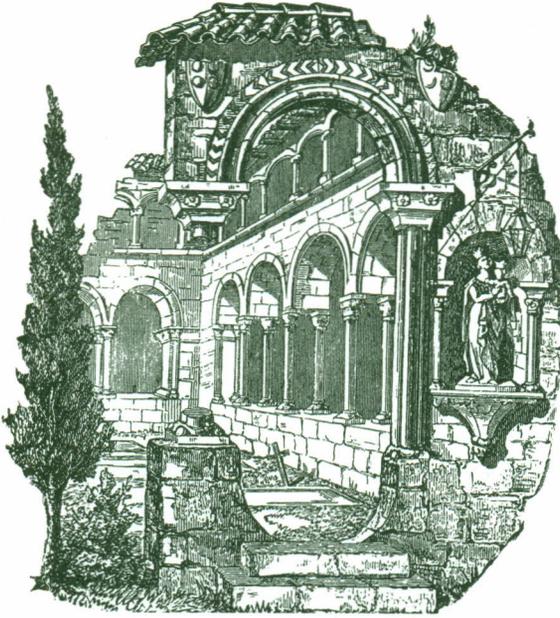
Un conocido suyo le había quitado con engaño la mayor parte de los 25 ducados que su amiga Isabel Roser le había dado en Barcelona. Decidió costearse los estudios pidiendo limosna, pero el pedir día tras día le hacía perder tiempo para los estudios. Decidió pedir dinero entre semestre y semestre; de Barcelona le llegaban también algunas limosnas y así quedaba asegurado el presupuesto de los estudios, y hasta pudo ayudar a otros

condiscípulos. Dio ejercicios espirituales a tres estudiantes: Juan de Castro, Pedro de Peralta y Amador de Elduayen, que decidieron seguir a Jesús, entregaron sus bienes a los pobres, y se fueron a vivir al hospicio de peregrinos de Santiago; con lo que se originó un enorme escándalo entre la colonia española residente en París, al grado que tuvieron que desistir del camino emprendido. Así fracasó Ignacio en este nuevo intento de ganar compañeros para la causa de Jesús.

En 1529 comenzó Ignacio los estudios de filosofía que se prolongaron durante tres años y medio. Estudiaba en el colegio de Santa Bárbara. En compañía del maestro Juan de la Peña, Pedro Fabro y de Francisco de Javier ocupó una pequeña vivienda junto al colegio. Aprobó el examen de bachillerato y aparece citado en las actas de la universidad con el nombre de Ignacio de Loyola. Un año más tarde obtuvo el título de licenciado en filosofía y, leída y defendida su tesis, tras una solemne ceremonia, se le empieza a llamar con el nombre de Maestro Ignacio. Los dos últimos años de estancia en París estudió teología escolástica en el convento de los dominicos de Saint-Jacques.



Montmartre (1534)



urante sus estudios Ignacio había conseguido nuevos amigos que deseaban vivir una vida apostólica y conforme al evangelio. El 15 de agosto de 1534 fiesta de la Anunciación aquel grupo de amigos encabezados por Ignacio de Loyola se reunían en la capilla de Montmartre. En la Eucaristía presidida por el recién ordenado Pedro Fabro y antes de recibir la comunión, hicieron promesa de pobreza, castidad y de peregrinar a Tierra Santa. En caso de no poder realizar la peregrinación, decidieron ponerse a disposición del Papa que, como vicario de Cristo, tendría mejor conocimiento de las necesidades de la cristiandad. Por esta época no formaba parte de sus planes la fundación de una auténtica Orden Religiosa.

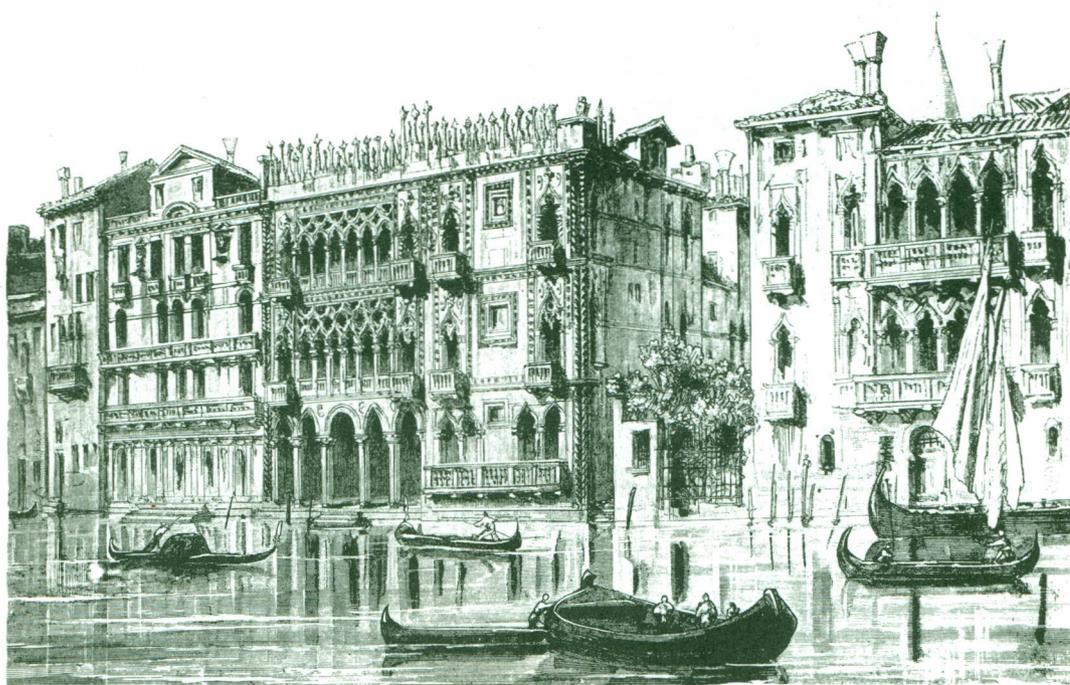
Llama la atención el interés tan grande de viajar a Tierra Santa. Los amigos de Ignacio, como el mismo Ignacio, sentían una gran devoción de estar ahí donde Cristo había estado y querían tener ellos también esa bella y peligrosa experiencia.

Por abril de 1535 Ignacio tuvo que volver a su tierra natal para atender a su quebrantada salud. Pedro Fabro se quedó al frente

del grupo de amigos que se comprometieron de nuevo a reunirse en Venecia en la primavera de 1537.

Estancia en Aspeitia (1535)

Entre los motivos que tenía Ignacio para volver a su tierra natal estaba en primer término su salud, pero también el deseo de resarcir con el testimonio de su vida y su trabajo apostólico, los malos ejemplos de su juventud. Renunció a alojarse en la casa paterna de Loyola y prefirió hospedarse en el hospital de Santa Magdalena. Pedía limosna todos los días para sí mismo y para los pobres. Predicaba y enseñaba el catecismo. Poco a poco la salud de Ignacio mejoraba, de modo que a fines de julio emprendía de nuevo la marcha a Venecia.



Venecia, la ciudad de los canales y de los palacios góticos, era el punto de partida para Tierra Santa. Pero las relaciones con los turcos cada vez se hacían más difíciles; casi todo mundo pensaba que ya no sería posible viajar a Tierra Santa.

Venecia (1535-1537)



Después de una breve estancia en Bolonia, Ignacio llegó a Venecia a fines de 1535.

Durante el siguiente año dio los ejercicios espirituales en diversas ocasiones. Pero la mayor parte del tiempo la empleó en estudiar teología.

Sus nueve compañeros llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537 tras un viaje de casi dos meses.

Las naves que transportaban a los peregrinos a Tierra Santa no partían hasta mediados de año, así que, el grupo se ocupó en atender a los pobres y enfermos de la ciudad. Solían frecuentar el hospital, junto a la iglesia de San Juan y Pablo, y el llamado hospital de los incurables. Se dirigieron, con excepción de Ignacio, a Roma con objeto de solicitar el permiso para peregrinar a Tierra Santa y deseaban también que se les ordenara sacerdotes, aun cuando no pertenecían a ninguna orden ni

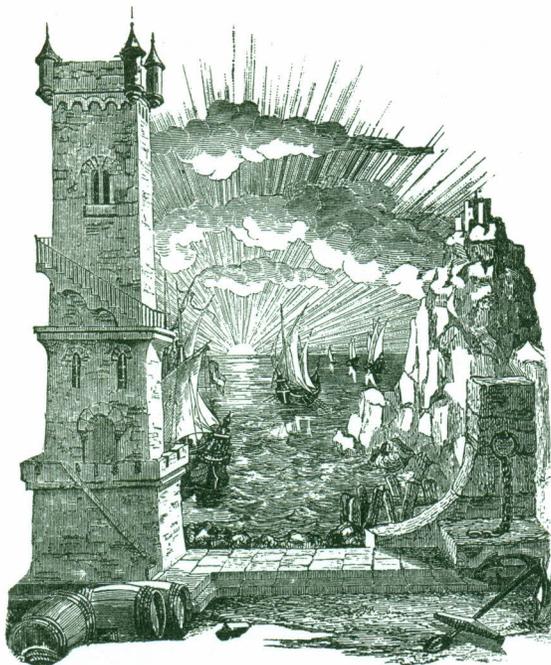
quedaban inscritos en ninguna diócesis. Sus deseos se vieron cumplidos y además la curia papal les dio 210 ducados. Una buena suma. En Venecia hicieron junto con Ignacio los votos públicos de pobreza y castidad en presencia del legado pontificio Girolamo Veralli. El 24 de junio de 1537, en la festividad de San Juan Bautista, fueron ordenados sacerdotes.

Debido a las tensiones políticas con los turcos no pudo salir ninguna nave de peregrinos para Tierra Santa, así que durante el tiempo de espera se dispersaron en grupos por las ciudades vecinas.



La ciudad eterna era también un gran campo de apostolado. Pablo III les encomendó la enseñanza de la doctrina cristiana en todas las escuelas de niños.

Camino hacia Roma (1537)



a peregrinación a Tierra Santa se había hecho imposible dado que Venecia

se encontraba en guerra con los turcos, desde el 13 de septiembre de 1537. Los compañeros acordaron posponer la peregrinación para el siguiente año, y en caso de que tampoco pudiera realizarse, entraría en vigor la cláusula que se refería al Papa, contenida en los votos de Montmartre, por la que deberían someter su trabajo a los planes del Papa.

Estuvieron un tiempo en Vivarolo, junto a las murallas de Vicenza, dedicados a deliberar y hacer oración y les pareció que lo más prudente y acorde a la voluntad de Dios era dedicar los siguientes meses a servir a los demás en las grandes ciudades del norte de Italia. En aquellos días que pasaron juntos en Vicenza pensaban ya en formar un grupo cuyo nombre les parecía que podría ser Compañía de Jesús; porque reconocían no tener más guía que a Jesucristo, a quien anhelaban servir, única y exclusivamente. Para seguirlo deseaban servir al prójimo y dedicarse por entero a ayudarle en todos sus problemas y

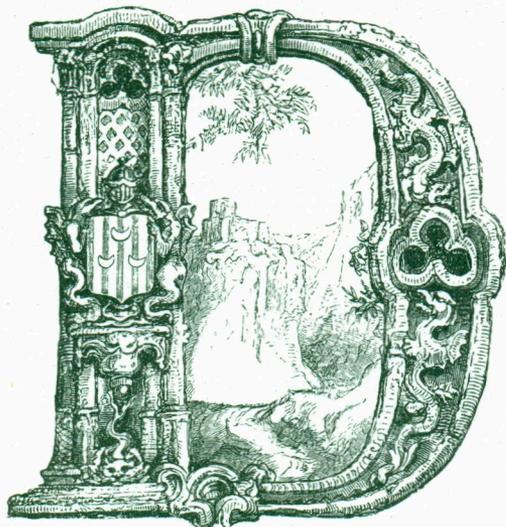
necesidades, para que de ese modo se hiciera patente el amor de Dios a los hombres.

Concluídas las deliberaciones Ignacio, Fabro y Laínez se dirigieron a Roma. Y en el camino ya cerca de la Ciudad Eterna, Ignacio sintió en su interior que Dios le decía "*yo les seré propicio en Roma*" y pidió a la madre de Cristo que su Hijo le quisiera tomar bajo su bandera. Este término "*tomar bajo su bandera*" significaba para Ignacio una total pertenencia a Cristo, una especie de alianza, un compromiso de luchar y trabajar por la causa de Jesús, es decir, el reino de los cielos y el bien de todos los hombres.

A unos 10 kilómetros al norte de Roma se encuentra una pequeña capilla llamada la Storta (que significa el Recodo), sobre la Via Cassia, ahí entró Ignacio a orar. Experimentó una gran devoción y sintió que su corazón se transformaba en presencia de Dios Padre, de Jesucristo, su Hijo, y del Espíritu Santo. La visión consistió en que Dios Padre le ponía en comunión con Cristo, hasta el punto de que ya no podía dudar de ello. Jesús al que se sentía unido junto con sus compañeros, era el Cristo cargado con la cruz, humillado y pobre. Ignacio oyó que Dios Padre le decía a Jesús: "*Yo quiero que tomes a éste por tu servidor*". Y esta experiencia significó para Ignacio la confirmación, por parte de Dios, del camino espiritual y apostólico que él y sus compañeros habían seguido.

Por la Porta del Popolo entraron a la Ciudad Eterna donde San Ignacio viviría hasta su muerte.

Los años de Roma (1537-1556)



durante la pascua de 1538 llegaron a Roma los demás compañeros de Ignacio y, debido a esto, tuvieron que trasladarse a una casa cercana al puente Sixto. Desde que llegó a Roma, Ignacio se dedicó casi exclusivamente a dar Ejercicios.

El Papa Paulo III (1534-1549) encargó al grupo de amigos de Ignacio tareas pastorales en la Ciudad Eterna. Habían de predicar, oír confesiones y enseñar el catecismo.

A raíz de una controversia con un agustino sobre la verdadera fe volvió Ignacio a incurrir en sospecha de herejía. Y tras un debate, el 18 de noviembre de 1538 se le confirmó de parte del Papa que tanto él como sus compañeros se encontraban en absoluto acuerdo con la doctrina de la Iglesia. Poco después se pusieron a disposición del Papa para cualquier tarea apostólica, según lo prometido en Montmartre.

Abandonados los planes de peregrinar a Tierra Santa devolvieron a los bienhechores de la curia papal los 210 ducados que habían recibido con ese fin.

El invierno de 1538 fue extraordinariamente duro y prolongado. Se llegaron a agotar las reservas de víveres y la ciudad comenzó a pasar hambre. La gente pobre moría de hambre o frío. Ignacio y sus compañeros acogieron a cuantos cupieron en su casa de Frangipani. En otros barrios de la ciudad atendieron a unas 3.000 personas.

En este invierno, el día de navidad de 1538, celebró Ignacio su primera misa en la Basílica de Santa María la Mayor, en el altar en que se encontraba una reliquia muy venerada que, según la leyenda, era el mismísimo pesebre en que la Virgen puso al niño Dios recién nacido. Entre la ordenación y la primera misa transcurrió un año y medio, lo que se explica solamente ante la ilusión de Ignacio de celebrar su primera misa en Tierra Santa y, probablemente, en Belén.

Dadas las misiones que el Papa confiaba a los primeros compañeros de Ignacio; Ignacio y sus compañeros iniciaron un período de consulta y oraciones para dilucidar si habían de disolver su grupo o permanecer unidos y formar una Orden. Consideraron intensamente los pro y los contra y prosiguieron en sus deliberaciones hasta abril de 1539. El resultado fue que a todos les parecía conveniente fundar una Orden y hacer voto de obediencia a uno de ellos. También se decidió el nombre de dicha Orden. Pero antes de deliberar sobre distintos nombres posibles, Ignacio pidió que se le llamara Compañía de Jesús.

En este título no veían ninguna presunción, sino que con él pretendían expresar que su comunidad debía de progresar constantemente en el servicio de Cristo y en favor de la Iglesia. El 3 de mayo de 1539 quedaron resumidos en 11 capítulos las demás conclusiones de sus deliberaciones; entre otras cosas decidieron que los miembros de la Orden no debían vestir

hábito alguno, ni asistir al coro, ni practicar determinados ejercicios de penitencia establecidos. Ignacio recapituló todo esto en el primer sumario del instituto que fue como el borrador de los estatutos de la Compañía de Jesús. La Curia Pontificia encargó al dominico Tomás Badia que los examinara cuidadosamente y el 3 de septiembre de 1539 los presentó el Cardenal Gaspar Contarini al Papa Paulo III, que los aprobó verbalmente. Sin embargo, Ignacio tendría que trabajar intensamente para conseguir del Papa el reconocimiento definitivo y por escrito de la nueva Orden.

El 27 de septiembre de 1540 el Papa Paulo III promulgaba la Bula Pontificia "Regimini Militantis Ecclesiae", que fue el documento fundacional de la Compañía de Jesús. Se aprueban las características de la nueva Orden como son, el nombre de Compañía de Jesús, su apostolado universal, el voto de especial obediencia al Papa. Mediante este documento adquiría la pequeña Orden el derecho de elegir un superior general y elaborar sus constituciones. Por otra parte la Orden sólo podía contar con un máximo de 60 miembros profesos.

A comienzos de 1541 los compañeros decidieron que Ignacio y Juan Coduri elaboraran diversos proyectos para las constituciones como por ejemplo el estatuto sobre la pobreza en el que San Ignacio trabajó angustiosamente durante los siguientes años, como lo atestigua su diario espiritual. A partir del 4 de marzo comenzaron a trabajar con el texto de las constituciones. Y se pusieron de acuerdo en que el cargo de Superior de la Orden debía de ser vitalicio.

La elección tuvo lugar el 2 de abril de 1541. Todos votaron por Ignacio; sólo Ignacio escribía en su papeleta que elegía a aquél sobre el que recayera el mayor número de votos, y se excluía a sí mismo. Una nueva votación celebrada el 13 de abril arrojó el mismo resultado; Ignacio se retiró al convento de San Pedro en Montorio donde su confesor le ordenó que aceptara la elección, y él accedió.

thno

IX.

excluyendo am mismo / doy m do 3 /
en el señor mio para ser prelado aquel
q̄ terna mas vos es para serlo / he
dado m determinate bon consuleudo /
q̄ tome ala compaña le parecera otra
cosa / o juzgare que es mejor / y mayor
p̄torio de dios nro señoz / yo soy
aparejado para señalarlo elcha
en Roma .s de abril, de 1541,

Ignaf 16

Esta fotografía reproduce la papeleta que escribió Ignacio con la que elegía como primer Prepósito General a aquél sobre el que recayera el mayor número de votos, con exclusión de sí mismo, el 2 de abril de 1541. La papeleta autógrafa se encuentra en el Archivo de la Curia Generalicia, en Roma.

En la mañana del 22 de abril de 1541 se dirigió con 5 compañeros a la Basílica de San Pablo Extramuros para hacer ahí la profesión solemne que venía a ser la más estrecha vinculación a la Orden. Los primeros jesuitas pusieron su celo apostólico y su compromiso de vida en manos de Ignacio, que había sido el padre espiritual e inspirador del grupo que en realidad fundó la Compañía de Jesús.

La "*Societas Iesu*", que se abrevia con una S.J., se fue haciendo popular en aquella Roma en que la gente culta hablaba latín. Su primera casa estaba junto a la Iglesia de Santa María degli Astalli, donde se hallaba la imagen de nuestra Señora de la Strada. El 15 de mayo de 1542 Ignacio como Superior General de la Compañía de Jesús, tomaba posesión de la Iglesia de acuerdo con las disposiciones del Derecho Canónico. Junto a la Iglesia se construyó una humilde casa en la que vivió San Ignacio a partir de entonces. Desde ahí dirigiría la pequeña Orden, que como grano de mostaza crecería admirablemente. Ahí escribió las constituciones, casi 7.000 cartas y muchas instrucciones y otros documentos que aún se conservan.

Gracias a la correspondencia se mantenía en constante contacto con sus hermanos que por entonces ya se hallaban esparcidos por todo el mundo. San Francisco Javier, por ejemplo, desde 1540 se había puesto en camino hacia la India y el Japón.

A pesar de las innumerables tareas que acarrea la dirección de la Orden San Ignacio siguió dando Ejercicios, escribiendo cartas, enseñando el catecismo y predicando. Además fundó una serie de obras de caridad y asistencia social, como la casa de Santa Martha para mujeres que querían cambiar de vida y otra junto a la Iglesia de Santa Catalina, para muchachas sin hogar que tenían el peligro de ser explotadas.

Junto al Capitolio hizo construir una casa para moros y judíos que desearan convertirse a la fe cristiana.



Paulo III, cuyo nombre era Alejandro Farnesio, gobernó a la Iglesia de 1534 a 1549. Empezó la Reforma de la Iglesia, convocó el concilio de Trento y luchó contra el protestantismo, fue, también, verdadero amigo de Ignacio y sus compañeros.

El pueblo de Israel en dispersión tiene una triste historia; aún la catolicísima España lo castigó duramente, los reyes visigodos desterraban o confiscaban los bienes de quienes no querían bautizarse; en el sur de España debían de escoger entre bautizarse o morir. Unos 50.000 fueron asesinados y otros tantos recibieron el bautismo. A los bautizados se les llamaba los conversos. Y muchos, por supuesto, seguían practicando el judaísmo. Los españoles de descendencia cristiana, sin mezcla judía, eran cristianos viejos. A los que nacían de las uniones matrimoniales entre españoles y judíos conversos se les llamaba cristianos nuevos, y entre ellos había convertidos sinceros y verdaderos apóstatas.

El amor que San Ignacio tenía a Jesucristo lo llevó a una estima a todos los hombres, sin fijarse en razas y nacionalidades, y a una cierta predilección por los judíos. Una vez, comiendo delante de muchos de la Compañía, hablando de sí mismo, dijo que "*tuviera por gracia especial de nuestro Señor venir del linaje de judíos*" y explicó que sería una gracia maravillosa "*ipoder ser el hombre pariente de Cristo nuestro Señor, según la carne y de nuestra Señora la gloriosa Virgen María...!*". Llevaba esta estima al pueblo judío tan dentro de su corazón que nunca quiso admitir que el ser cristiano nuevo fuera impedimento para entrar a la Compañía. Laínez, Polanco y Rivadeneira eran de origen judío, cristianos nuevos.

Ignacio se ocupó también de pacificar ciudades y pueblos enemistados, y de reconciliar a muchas familias. El Papa y algunos cardenales pedían o escuchaban con estima sus consejos.

El 14 de marzo de 1544 el Papa Paulo III, mediante la Bula "*Iniunctum nobis*", suprimió la limitación numérica de la Orden, y aprobó también, con fecha del 5 de julio de 1545 la propuesta de admitir en la Orden, tras la emisión de los votos, no solamente sacerdotes, sino también laicos de cualquier oficio y profesión; derecho que se ha mantenido hasta nuestros días.



"San Ignacio y sus primeros compañeros decidieron ponerse sin condiciones a disposición del Vicario de Cristo y vincularse a él por un voto especial: porque esta unión con el Sucesor de Pedro, que es el núcleo principal de los miembros de la Compañía, ha asegurado siempre su comunión con Cristo. Y este voto es el signo visible de vuestra comunión con El, Cabeza primera y suprema de la Compañía, que por antonomasia es suya, de Jesús."

Juan Pablo II, Discurso dirigido a los jesuitas, el 27 de febrero de 1982.

Ignacio trabajaba sin descanso en las constituciones de la Orden todo el tiempo que le dejaba libre su actividad como Superior General. Sobre algunos puntos particulares se detenía largo tiempo en la oración, hasta encontrar una solución satisfactoria. En este trabajo de elaboración, redacción, recopilación de datos, etc., le ayudó extraordinariamente su secretario Juan de Polanco.

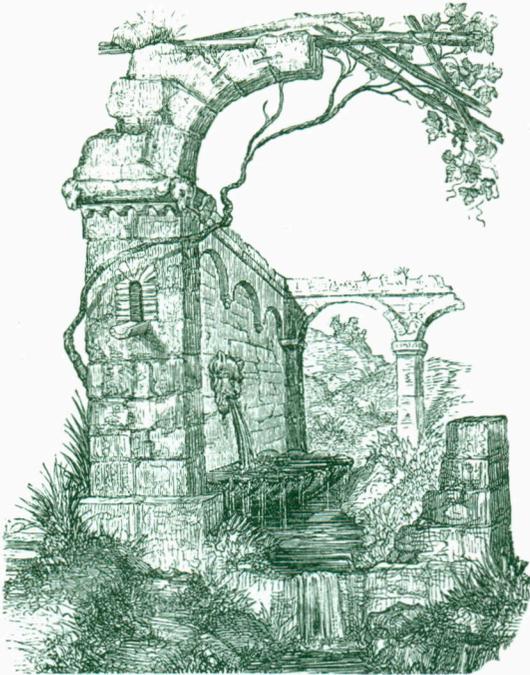
Después que el Papa Julio III confirmó solemnemente la Orden mediante el breve pontificio "*Exposcit debitum*" del 21 de julio de 1550, los miembros de la Orden convocados en Roma por Ignacio estudiaron durante los años 50-51 un proyecto de constituciones que constaba de 10 partes y de un examen general para los candidatos. Todos aprobaron el proyecto e Ignacio se dedicó prácticamente el resto de su vida a dar unidad a sus diversos estatutos. La aprobación de los mismos por parte de la Orden se tendría hasta 1558 durante la primera congregación general de la Compañía de Jesús.

El 30 de enero de 1551 pidió Ignacio a sus hermanos reunidos que encargaran a otro la dirección de la Orden, sus "*muchas enfermedades*" fue una de las razones aducidas; pero la proposición no fue aceptada. Ignacio se sometió y siguió trabajando lo mejor que pudo.

El 22 de febrero de 1551 abrió el Colegio Romano, una Institución académica en la que se elaboraría el fundamento teológico y espiritual de la reforma de algunos clérigos de la Iglesia. Al poco tiempo el edificio fue insuficiente y se trasladó a un nuevo edificio cercano a San Esteban del Cacco. En continuidad con el colegio florecería más tarde la Pontificia Universidad Gregoriana, que cambió de nombre por el grandioso edificio que en 1583 le dio Gregorio XIII.

Gracias también a Ignacio se fundó en 1552 el Colegio Germano y Húngaro en el que se han formado hasta nuestros días innumerables teólogos y sacerdotes, especialmente de origen alemán.





omo la intensidad de los estudios, la alimentación y el clima de Roma, eran causa de frecuentes enfermedades de padres y estudiantes, el Padre Ignacio compró un huerto con una viña, en las orillas de Roma, en el Aventino, cerca de las Termas de Caracalla, para que descansaran allá cada ocho días. Lo llamaban "La Viña". El mismo la usó varias veces durante sus convalecencias, y también se retiraba a La Viña para trabajar más intensamente.

Atendiendo a las insistentes súplicas de sus hermanos y particularmente de Jerónimo Nadal aceptó Ignacio narrar la historia de su vida interior desde 1521 hasta 1539 y ésta la fue poniendo por escrito el padre Luis Gonsalves de Cámara.

En 1556, la Orden ya contaba con 1.000 miembros, repartidos en 13 provincias religiosas. Existían 110 obras de las cuales 20 estaban en Italia. Muchas de estas eran colegios; sólo en Europa había 46. Se trataba de escuelas públicas que al mismo tiempo servían de lugares donde recibían su formación científica los candidatos a ingresar a la Orden.

Ignacio fue un hombre entusiasta, lleno de fuerza espiritual y de optimismo, pero de salud endeble. A partir de su conversión tuvo que padecer muchas enfermedades; quizá alguna de ellas causada por la austeridad de vida y la pobreza en que vivió después de su conversión. Padebió de úlcera durante buena parte de su vida; muchas veces tenía que quedarse en cama y ni siquiera podía celebrar la Misa. Además de sus males del hígado y de la vesícula, era propenso al catarro. "*Vuestra paternidad, le escribe el médico, es algo subyector al catarro, y puede ser temer que lo sea más adelante, por la edad y ocupaciones interiores...*" Algunos de los platillos que le sugiere en la receta son "*pollo, polla, gallina, perdiz, tórtola, palominos..., cabrito asado..., higos secos, almendras, pasas, manzanas asadas y turrón, especialmente de almendras o de avellanas pequeñas*".

La salud del Padre Ignacio seguía empeorando; cada día se le notaba más débil y cansado. Hacía meses que no celebraba Misa; comulgaba cada ocho días, según la costumbre.

El 2 de julio se retiró a La Viña y regresó a la casa de la Strada hasta el 28. El 29 le pidió a Polanco que el Dr. Torres se hiciera cargo de él, ya que se ocupaba de los otros enfermos de casa.

La tarde del 30 de julio de 1556 sintió que le llegaba su hora. Le pidió a Polanco que fuera a la Curia Romana a pedir para él la bendición papal. Pero Polanco no fue, porque no lo vio tan delicado. El Padre Ignacio pudo cenar, e incluso trató los asuntos que se ofrecieron.

Un hermano que vivía en la habitación contigua le oyó a medianoche decir suavemente "*¡Oh Dios mío!*".

Al rayar el alba del viernes 31 de julio de 1556 alguien entró al aposento de Ignacio y lo encontró moribundo. Polanco salió corriendo al Vaticano. Aunque era la madrugada, Pablo IV lo recibió y le concedió la bendición apostólica y la indulgencia plenaria. Al regresar Polanco encontró que "*El Padre Ignacio*"

había fallecido ya, prácticamente solo y sin los últimos sacramentos. Tenía 65 años.

El primero de agosto por la tarde se inhumaron sus restos en la Iglesia de Santa María de la Strada.

En 1567 se trasladaron a la Iglesia del Gesú donde se encuentran actualmente.

Fue beatificado en 1609 por Paulo V y canonizado, junto con San Francisco Javier, el 12 de marzo de 1622 por el Papa Gregorio XV.

AMDG

EPILOGO

Sirva de epílogo un buen trozo del discurso de su Santidad Juan Pablo II dirigido a los jesuitas, el 27 de febrero de 1982.

Es sabido para todos los que conocen la historia de la Iglesia cómo y cuán eficazmente la Compañía de Jesús, surgida en tiempos de Concilio de Trento, contribuyó a la actuación de las orientaciones de aquel Concilio, y a la inserción en la Iglesia misma de aquella corriente de vitalidad que él aportó.

Resulta, sin embargo, oportuno reflexionar sobre el pasado de vuestra Orden para captar las notas fundamentales de ese proceso y los aspectos más ricos y positivos del modo con que la Compañía de Jesús contribuyó a él: ellos serán como luces de orientación, faros indicadores de lo que la Compañía de hoy, impulsada por el dinamismo típico del carisma de su Fundador, pero con auténtica fidelidad a él, puede y debe hacer para promover lo que el Espíritu de Dios ha suscitado en la Iglesia con el Concilio Vaticano II.

Repasando los cuatro siglos y medio de su historia, emergen algunos elementos de auténtico valor: son los que caracterizan la

vida y la misión de ese Cuerpo, que por voluntad de Ignacio es la Compañía de Jesús.

La primera preocupación de Ignacio y de sus compañeros fue la de promover una auténtica renovación de la vida cristiana. La situación de la sociedad y de la Iglesia eran tales que sólo la obra de hombres de Dios podía tener incidencia y ofrecer una aportación de vitalidad santificadora.

A ejemplo de Jesús que recorrió ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino (Mt 9,35), los primeros compañeros, enviados por obediencia, anduvieron peregrinando por las diversas ciudades, difundiendo la buena nueva y aportando un hálito de vida santa; fue el comienzo de esas misiones populares, destinadas a servir al pueblo cristiano, a instruirlo en la fe y a llevarlo a una coherencia de vida; misiones populares que tendrán luego un frondoso desarrollo y un vasto influjo benéfico.

Para una renovación más profunda en la vida cristiana, se revelaron como medio particularmente eficaz los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, que han marcado una huella indeleble en la historia de la espiritualidad. En los ejercicios se formaron los primeros compañeros y sus sucesores, y con los Ejercicios ellos se hicieron los guías espirituales de innumerables fieles, les ayudaron a descubrir su vocación según el plan de Dios y a convertirse en auténticos cristianos comprometidos, cualquiera que fuese su estado de vida.

Junto con la dirección espiritual, fue preocupación solícita de la Compañía la difusión de la verdadera doctrina católica, entre doctos e ignorantes, desde los niños hasta los más ancianos. Los dos Santos jesuitas Doctores de la Iglesia, San Pedro Canisio y San Roberto Bellarmino, fueron autores de dos célebres catecismos para los niños, y fueron a la vez maestros admirados, el primero implicado en las discusiones teológicas del Concilio de Trento, el

segundo defensor de la fe desde las Cátedras de Lovaina y de Roma.

Con una intención semejante San Ignacio, y después de él la Compañía, se dedicaron afanosamente a la educación de la juventud: fundaron y multiplicaron los colegios, en los que, siguiendo un nuevo sistema pedagógico -la célebre Ratio studiorum- trataban de dar una formación integral de la persona humana, para forjar hombres que, siendo eminentes en los estudios y en todas las profesiones, resultasen a la vez eminentes cristianos.

Todo esto sucedía en un tiempo, en que el mundo, y especialmente Europa, estaban en transformación, más aún, en una encrucijada decisiva para el campo literario y científico. En este proceso se insertaron vigorosamente literatos y científicos jesuitas, desarrollando una labor de pioneros ad maiorem Dei gloriam, es decir, promoviendo ese desarrollo cristiano del hombre que, cuando se realiza, es para gloria de Dios...

Así, en el curso de su historia, la Compañía de Jesús, en todas las partes del mundo, donde se combatía por Cristo y por su Iglesia, ha estado presente con sus mejores hijos, ardientes de celo, armados de virtud, equipados de doctrina, fieles a las orientaciones de su jefe, del Vicario de Cristo, el Romano Pontífice.

Esta es la Compañía de Jesús que la historia pone ante nuestros ojos; la Compañía de Jesús que los enemigos de Cristo han perseguido hasta conseguir su supresión, pero que la Iglesia ha hecho resurgir, sintiendo la necesidad de hijos tan valerosos y fieles, en quienes los Papas han puesto su confianza en el pasado, y en quienes el Papa quiere poner también su confianza para el futuro.

Si he hablado de la Compañía en el pasado tratando de recoger los rasgos más salientes de su vida y misión, es porque pienso en la

Compañía de hoy y en lo que la Iglesia espera de ella para el presente y para el futuro.

Quien observa la riqueza de la aportación de vuestra Orden a la vida de la Iglesia y del mundo y valora sus aspectos principales, no puede dejar de ver lo que fue para San Ignacio una de las notas más características de la Orden que él fundó bajo el impulso del Espíritu Santo.

La Compañía de Jesús, en efecto, se ha distinguido siempre en su historia, a través de las múltiples y variadas formas de su ministerio apostólico, por la movilidad y el dinamismo que su fundador le infundió y la han hecho capaz de captar los signos de los tiempos y estar en la vanguardia de la renovación querida por la Iglesia.

En virtud de vuestra vocación apostólica y misionera, los miembros del selecto cuerpo que constituís, por voluntad de San Ignacio y de la Iglesia, se encuentran, según las palabras que os dirigía Pablo VI, "en la vanguardia de la profunda renovación que está afrontando la Iglesia después del Concilio Vaticano II en este mundo secularizado. Vuestra Compañía es, podemos decir, el test de la vitalidad de la Iglesia en los siglos; es quizá uno de los crisoles más significativos en que se prueban las dificultades, tentaciones, esfuerzos, perennidad y éxitos de toda la Iglesia"

(Pablo VI, Alocución a los Padres de la XXXII Congregación General, 3 diciembre 1974).

Pues bien, como ya os decía mi venerado predecesor, la Iglesia espera hoy de la Compañía que contribuya eficazmente a la aplicación del Concilio Vaticano II, igual que en tiempos de San Ignacio y muchos después, no regateó esfuerzos para dar a conocer y aplicar el Concilio de Trento, y para ayudar de modo admirable a los romanos Pontífices en el ejercicio de su magisterio supremo.... El cuarto voto de la Compañía fue entendido por San Ignacio precisamente como la expresión viva y vital de la conciencia de

que la misión de Cristo se prolonga en el tiempo y en el espacio en aquellos que, llamados por El a seguirle y a compartir sus trabajos (Cfr. Ejercicios Espirituales, nn. 91-98), hacen propios sus sentimientos y viven así en íntima unión con El y, por lo mismo, con su Vicario en la tierra...

En efecto , un vínculo especial liga vuestra Compañía al Romano Pontífice, el Vicario de Cristo en la tierra. Como he mencionado más arriba, San Ignacio y sus compañeros, después de haber captado espiritualmente el verdadero significado y el valor de la misión de Cristo, y cómo ésta se prolonga en la historia, dieron una importancia capital a ese vínculo de amor y servicio al Romano Pontífice, hasta el punto de querer que este voto especial fuera un elemento característico de la Compañía. Describiendo su propia disposición interior, y lo que esperaban de aquellos que más tarde fueran admitidos al Cuerpo de los Profesos de la Compañía, escribieron aquellas palabras que están y han de permanecer grabadas en el corazón de cada jesuita digno de tal nombre:

"Por mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica, y para mayor abnegación de nuestras voluntades y una más cierta dirección del Espíritu Santo, juzgamos muy conducente que cada uno de nosotros y los que en adelante hicieren la misma profesión, más allá de la obligación común de los tres votos, nos obliguemos a esto con un voto especial de manera que cuanto el actual Romano Pontífice y sus futuros sucesores nos mandaren para bien de las almas y propagación de la fe y a cualesquiera provincias quisieren enviarnos, estemos obligados a cumplirlo sin tergiversación o excusa y sin tardanza, en cuanto esté en nosotros "

(Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús, n. 3).

Es evidente que aquí estamos tocando la esencia del carisma ignaciano y lo que constituye el corazón mismo de vuestra Orden. A ésto tenéis que permanecer siempre fieles.

Juan Pablo II a los jesuitas, Roma, 27 de febrero de 1982.